

Planificación familiar e ideología

A.M^a Navarro*

Control de natalidad lo ha habido siempre. Pero en nuestros días, aparte de haberse generalizado, quizá el fenómeno más original sean los cambios que observamos en la mentalidad —modo de entender la cuestión— y en las actitudes que incluyen además una disposición afectiva.

En las páginas siguientes nos vamos a ocupar de ello. Pero sirva de introducción la evidencia experiencial que se constata por doquier. Así como la familia numerosa fue siempre vista con admiración y respeto y había cierto pudor a nivel personal y social que ocultaba o disimulaba las prácticas de control de natalidad que de hecho se empleaban, hoy en día podemos decir que ocurre lo contrario. Las familias numerosas son objeto de conmiseración en el mejor de los casos, cuando no son blanco de ataques y reproches. Bajo los apelativos de espontaneidad y sinceridad, o por otras razones tales como la justificación personal, el afán de deshacer prejuicios, el de ganar prosélitos o incluso las afirmaciones dogmáticas a partir de unos datos sociológicos, se habla y se escribe, se exhiben también, todo tipo de informaciones sobre los beneficios y procedimientos del control de la natalidad. El término "pudor" ha pasado a ser sinónimo de hipocresía, y se da por supuesto que todo el mundo lo admite así. O, por lo menos, se está en la creencia de que los desacuerdos son como voces en el desierto.

Hace poco tiempo salió en la prensa una nota de los obispos franceses pronunciándose contra el aborto. El comentario de la Sra. Veil a la nota de los obispos fue éste: "Hacen lo que les corresponde. Pero también la Iglesia se ha pasado siglos predicando la caridad cristiana y nadie la practica".

Ante la ingenuidad que supone una afirmación tan tajante y gratuita, sobre todo viniendo de un gobernan-

te, uno se pone a pensar si de verdad el cambio es tan profundo, o si la libertad del hombre, imprevisible, hace sospechar que el cambio sea más bien coyuntural de una moda. El testimonio de la historia nos lleva a inclinarnos por esta segunda opción. Pero, entre tanto, ¿cuántas víctimas habrá? La cuerda se rompe siempre por el lado más débil. Las víctimas son, en un tema así, los niños, los jóvenes, los irreflexivos y los poco formados. Por lo cual es precisa una campaña seria de educación, informativa y formativa, que abra los ojos y los corazones a las posibilidades humanas y espirituales de una ética sexual, no sólo a sus incomodidades o inconvenientes, que en los últimos tiempos han sido objeto de una amplísima atención.

Para hacer un poco más detallada la descripción del panorama actual respecto al tema de la procreación, aunque, como es lógico, sin profundizar en ello, vamos a referirnos a continuación a dos ideologías hoy en boga: el sentido liberal de la vida y el hedonismo, para concluir con unas consideraciones específicas en torno al feminismo, cuyo blanco de atención, la mujer, es pieza clave en este tema.

1. El sentido liberal de la vida

El liberalismo, nacido como corriente de pensamiento en el siglo XVIII y XIX, hoy se ha convertido en una ideología muy difundida en nuestro mundo occidental y sus consecuencias prácticas nos explican algunos de los comportamientos antinatalistas.

La base de esta ideología radica en dos reduccionismos: 1.º, niega la relación criatura-Creador, y por lo tanto eleva al hombre a categoría suprema, juez legislador de sí mismo, y 2.º, niega la relación de servicio y de solidaridad con los demás hombres, en nombre de la exaltación de los derechos individuales. Así pues, en el compuesto alma-cuerpo se prescinde del alma y en consecuencia de toda la dimensión trascendente y en la síntesis individuo-ser social, consustancial a la persona,

* Profesor del Instituto de Ciencias de la Educación. Universidad de Navarra. Pamplona.

Este artículo complementa a "Planificación familiar y regresión demográfica" de M. Ferrer Regales.

se suprime el ser social. Y ambas partes, cuerpo-inmanencia-individualismo, se elevan a términos de absoluto. En eso consiste todo reduccionismo: tomar una parte, eliminar el resto y hacer de esa parte el todo.

El resultado de todo ello es una exaltación de la libertad personal desligada de su relación con un ser superior, por un lado, y de su relación social por otro; relaciones vertical y horizontal, en suma. En ambas dimensiones es donde el hombre ejercita su responsabilidad —o respuesta de su libertad personal, con una finalidad más allá de su propio beneficio—. Luego, lo que se afirma, tercer reduccionismo, son los derechos de la libertad omnímoda a costa de ignorar, despreciar o denegar los deberes de la responsabilidad, que lógicamente debe ponerse al servicio de los derechos de los demás.

Para el liberal, que por serlo es subjetivista y relativista y, en consecuencia, bastante permisivo, no suele constituir problema el reconocer la existencia de Dios. Lo que le molesta es el derecho de Dios a dictar una ley que señale, para todos, los criterios de moralidad que califican buenos o malos los actos humanos, independientemente de la apreciación del propio sujeto. Si además la ley implica una normativa en la relación sexual —debe estar abierta a la procreación—, la incomodidad es mucho mayor.

¿De qué modo se manifiesta la actitud liberal ante esta cuestión? En primer lugar, haciendo oídos sordos a la presencia de Dios en la vida del hombre. Como si no existiera. Pero, puesto que está la Iglesia, cuyo Magisterio es presencia viva y recuerdo constante de esa realidad, hay que defenderse. Y la mejor defensa es el ataque. Desde desprestigiarla, “nadie lo practica”, hasta hacerla impopular: “represora, arcaica, portadora de tabús...”, o esperar lo imposible: que cambie o desaparezca.

Mucha gente se ha apartado de Dios —y de la Iglesia en consecuencia— por las exigencias morales de la ética sexual. Pero nunca las estadísticas fueron preocupación de la Iglesia, ni de Dios.

Para el creyente, la época que nos ha tocado vivir es una época de prueba, donde la fidelidad y la fortaleza se acrisola en la dificultad y en la esperanza de que “Dios puede más”.

La falta de responsabilidad social, en el segundo plano, el horizontal, se percibe en primer lugar cuando la natalidad sigue descendiendo a pesar de los incentivos de los gobiernos que están preocupados por la regresión demográfica, incluso en los países socialistas, donde la conciencia de deber cívico parece que está más viva. Evidentemente, si se rechaza la autoridad de un ser supremo, poca fuerza tienen las demás autoridades para mover a una decisión personal, hacia un comportamiento determinado, que exige ciertamente esfuerzo, como es el de tener más hijos.

Desde otro ángulo, se exalta la libertad sexual (“tengo derecho a mi cuerpo”, “mi cuerpo es mío”), negando al niño el derecho más radical: el de nacer. Tanto más grave cuanto que él no lo puede ni reclamar ni defender.

Y del mismo modo que se vive como si no existiera Dios ni ley, se hace una especie de lavado de cerebro respecto al no nacido. Lo más cómodo es negar su existencia: no es. Y se desencadena toda una tarea investigadora para descubrir el origen biológico del ser humano... Aun cuando se comprueba que desde el primer momento de la concepción ya existe, con características independientes de la madre, basta el plumazo de la arbitrariedad sentimental: “yo no lo veo, no me parece,

no me dice nada...” para negarle por segunda vez la existencia.

Otras veces se esgrime una casuística, ciertamente dolorosa e injusta, para arrancar una legislación a favor del aborto, por ejemplo. Sin entender de leyes, me da la impresión de que también en ese campo debe haber una subordinación de los valores inferiores a los superiores, es decir, cabe una atención humanitaria, compasiva y de justicia para con las personas, pero sometida al respeto y a la dignidad del ser humano, al que debe reconocérsele unos derechos radicales, el primero de los cuales es el derecho a la vida.

2. El hedonismo

Etimológicamente, hedonía significa placer, y el sufijo -ismo, exaltación. Hedonismo es igual a exaltación del placer. El placer, como realidad o aspiración, es pues la meta de la vida. He aquí otra de las ideologías bastante difundidas en nuestro entorno.

De nuevo, si se exalta una parte de la realidad, pues que el placer no lo es todo, se ignora otra parte —el dolor— y se practica otro reduccionismo. Pero éste, mucho más doloroso, si se me permite la redundancia. Porque el dolor es una realidad inevitable, actual o en forma de riesgo en el futuro. Nadie puede ser tan insensato que lo niegue. Luego la meta no es tanto la búsqueda del placer como la huida del dolor. Muchos “placeres” de hoy —droga, alcohol, sexo— son casi siempre evasiones de una realidad incómoda: angustia, soledad, frustraciones, etc.

El placer se identifica con situación placentera, ausencia de esfuerzo, inactividad. “El mundo es un inmenso holocausto. Cuando actúas engendras dolor” (Buda). Es así como se entiende el moderno auge de las filosofías orientales y de las “meditaciones trascendentales”.

Por contraste, la actividad es trabajo, exige esfuerzo, y éste reclama el concurso de la voluntad. Luego, para el hedonista, trabajo y voluntad atentan contra su filosofía de vida. Se tratará de suprimirlos o, si esto no fuera posible, de reducirlos al máximo: trabajos cortos y cambiantes, por ejemplo. Porque uno de los rasgos del trabajo esforzado es la perseverancia. Un modo de huir de la perseverancia es no comprometerse con nada.

Otro de los ingredientes susceptibles de producir placer es el sentimiento, la emotividad, la pasión. Las sensaciones excitantes tienen un gran atractivo: las nuevas experiencias, los cambios de situación, etc. “No renuncies a nada”, slogan publicitario, es una expresión netamente hedonista. “El placer no admite espera”, de Freud, otra. Quizá la frase más significativa sea ésta, entresacada de un “Manual del hippie”: “Ser virgen es tanto como recibir un regalo y no abrir el paquete”.

Y todo ello, “nonchalance” activismo y huida del compromiso, explica una actitud superficial, de fugacidad y frivolidad. Es no querer saber o agotar la verdad. La “cara de palo” del indiferentismo intelectual —“no me interesa”— es también otro signo hedonista.

Muchas situaciones que hoy nos rodean y se entrelazan para explicarnos el descenso de la población son fiel reflejo de la mentalidad que acabamos de describir. Por ejemplo, el concepto de amor-sentimiento, y sentimiento gratificante, únicamente siendo así es una tendencia radicalmente humana, que por serlo es rígida, sobre todo por la voluntad. Si el sentimiento es arbitrario e incontrolable, no tiene razón de ser la entrega total en un matrimonio indisoluble, por ejemplo. Y uno hace del

amor, que debiera ser roca firme y segura, un juicio de valor: "si me gustas, si te gusto, mientras nos gustemos...". Los sujetos implicados en esta situación son entes pasivos ante los avatares de las circunstancias. Y tienen, por supuesto, un concepto pesimista, derrotista antes de luchar, del término compromiso. Hemos visto más arriba cómo los acoplamientos sexuales van gradualmente huyendo de todo lazo. Vivir en casas separadas y unirse sólo esporádicamente es todo un símbolo.

Si se huye del compromiso —por miedo al esfuerzo que exige— cuánto más se huye de los hijos, que atan por el natural cariño paterno-filial y por su indefensión. Hoy en día, las familias tienden a ser reducidas. Cuanto más donde ni siquiera hay familia, sino una relación sexual que se sabe es temporal...

Por último, el afán de tener nuevas experiencias puede en algún caso hacer apetecer al hijo —incluso hay madres que desean hijos pero no marido—, pero lo normal es desear estar libres de hijos para vivir con mayor posibilidad todo tipo de cambios, de pareja, de vida, de lugares, etc.

En el fondo, nos encontramos con la "gran evasión", la de la gran verdad que da sentido a nuestra vida. Y es que, aunque el dolor nos repugna porque no estamos hechos para él, sin embargo, y dada nuestra condición de naturaleza caída, es fuente de purificación y merecimiento, si se sabe asumir y abrazar, en una perspectiva que trasciende los límites de la propia inteligencia para insertarse en un plano trascendente, el de la fe en un Dios, providente y amoroso, que quiere contar con nuestra participación libre y responsable.

3. El feminismo

Esta ideología no tiene entidad propia, sino que se apoya en las dos anteriores para extraer de ellas su fundamento teórico y aplicarlos después a la problemática específica de la mujer. Etimológica y existencialmente, el feminismo pretende atribuirse el monopolio exclusivo de la "liberación de la mujer", su promoción o realización.

Entendida la libertad al modo liberalista y hedonista, como ausencia de normas, y de compromisos, se explica que la base de toda reivindicación feminista sea lo que ellas llaman la "revolución sexual". Muchos de los textos que reclaman el derecho a los anticonceptivos o al aborto y consiguen la legitimación del divorcio o de la homosexualidad, llevan firmas feministas a su pie. Quizá sea nuevo el dato de que para ello se apela a la histórica discriminación de la mujer, con lo que el argumento de ataque contra toda institución que se oponga a esas pretensiones es más agresivo, más apasionado.

El segundo aspecto de la "liberación" tiene signo positivo: el acceso a los ámbitos hasta hace poco vedados a la mujer por una sociedad "patriarcal y autoritaria". Estos ámbitos son el trabajo extrafamiliar, la participación social y política.

Con un planteamiento reactivo y emocional en alto grado, como se hace a resultas de enfocar la cuestión en términos reivindicativos, no se contempla ponderadamente el panorama. Y se globaliza: el trabajo "libera" y el hogar "aliena" —("es una cárcel")—. Y surge una mística del trabajo que satisface a unas pocas, las mujeres cualificadas en particular, frustrando a otras y desconcertando a la mayoría. Y es curioso observar cómo el feminismo ha desencadenado una corriente opuesta, el antifeminismo, tan erróneo como aquél en la medida en



que hace un planteamiento sectorial y, por lo tanto, reduccionista.

El trabajo de la mujer es otra de las variables que inciden en el descenso generalizado de la natalidad. En unos casos es intencionadamente buscado por las políticas demográficas de algunos países³⁴. En otros es factor de autojustificación. Aunque no es, ni con mucho, la causa más importante. La prueba es que hay descenso de natalidad entre los dos tipos de mujeres, las que trabajan fuera de casa y las que no. La causa está, como hemos pretendido demostrar, en la actitud adoptada en la vida.

De todos modos, es interesante contemplar el tema trabajo de la mujer, porque, mientras no cambien las costumbres y mentalidades, en general la madre que trabaja —y éste es el momento problemático— desempeña un doble empleo, que redundará en perjuicio para ella misma, excitación, desequilibrios, etc., y en perjuicio para los demás, su trabajo o su familia. Es difícil conseguir el equilibrio de una dedicación justa a dos actividades absorbentes en tiempo y atenciones. Por eso, convendría pedir, ya no sólo igualdad de oportunidades en empleo y sueldo para la mujer y el hombre en el ámbito laboral, sino una consideración social y hasta económica para el ama de casa, en beneficio de su propia familia, y unas posibilidades reales —no utópicas ni paternalistas— de poder atender a ambas tareas con responsabilidad y eficacia. Las medidas concretas se escapan de este momento.

Pero, sobre todo, y ésta es la opinión que no contempla el feminismo, creemos que, además de pretender, la mujer debe merecer. Merecer ese reconocimiento social y esas oportunidades que en justicia le son debidas por su dignidad de ser humano libre e inteligente, comportándose con una actitud, ni liberal-hedonista ni revanchista, sino solidaria y complementaria, en una complementariedad de co-protagonismo con el hombre. Y así ambos, luchando en frente común ante los retos de la vida, deben procurar ser más dignos como seres humanos, cara a Dios y cara a los hombres, y desentrañar, dentro del recto orden que rige su naturaleza, los fabulosos tesoros que esconde su destino. Tesoros que sólo se entregan a quien los busca con esfuerzo y generosidad, no con egoísmos o cicaterías.

³⁴ vid. Ferrer M, Navarro AM y d'Entremont A. *Las políticas demográficas*. EUNSA. Pamplona. 1975.